

JORNADAS DE HOMENAJE A LUCÍA SALA.  
Montevideo, Uruguay 11 a13 de junio, 2008.

Su Legado.

Sr. Rector de la Universidad de la República, Dr. Rodrigo Arocena; Sr. Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Dr. José Seoane; Excelentísimo Señor Embajador de México en el Uruguay, Cassio Luiselli Fernández; Dr. Alcides Beretta Curi, Director del Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos

Estimados colegas y amigos,

que tienen hoy el privilegio de encontrarse reunidos en el recuerdo y el reconocimiento de quien fuera para todos nosotros, maestra, colega y amiga admirada y apreciada.

Deberes de carácter familiar tan entrañables como los deberes de la amistad, aunados a la carencia del don de ubicuidad, me impiden hoy, dar testimonio con mi presencia física de la deuda de gratitud contraída con Lucía Sala.

Por ello he pedido a una colega que en mi nombre, lea estas líneas en la sesión inaugural de este Homenaje en el que tanto desearía estar presente con algo más que estas letras, aún si transmitidas por una voz amiga.

Cuando a fines de septiembre de 2006 sufrimos la pérdida irreparable de nuestra querida Lucía, tuve que escribir otras páginas testimoniales, digo tuve, porque en medio del dolor y la sensación de injusticia y de impotencia que nos produce la desaparición de alguien tan querido, no sé ni como pude hacerlo, pero el hecho es que tuve que responder de inmediato a peticiones de colegas de enviar una semblanza o una nota, "necrológica" se dice, ¿no es así?, para los medios académicos. Una de esas notas se publicó de inmediato en la red de Historia a Debate y no es gratuito que haya aparecido en un espacio crítico de renovación teórica y compromiso social e intelectual, espíritu y compromiso de los que Lucía dio siempre pruebas tan fehacientes. Otros testimonios aparecieron algo más tarde en publicaciones reales, no virtuales, en donde la tinta y el papel nos dan aún, la sensación de solidez o de permanencia... esa permanencia que quisiéramos conservar del legado de Lucía, esa solidez de un recuerdo y de una presencia que hoy nuevamente evocamos.

Uno de esos pequeños textos apareció junto con los testimonios de otros colegas en el boletín del Colegio de Estudios Latinoamericanos de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, espacio de trabajo y de lucha cotidiana en el que Lucía dejó tanto de su conocimiento, tanto de su entrega, de su compromiso y de su lucidez permanente. Esa pequeña publicación fue resultado del homenaje que le hicimos en nuestra Facultad en mayo del año pasado. Otra pequeñita semblanza se publicó en un número especial de la revista Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de nuestra Universidad.

Hago alusión a esas páginas testimoniales por dos motivos, el primero, porque los foros que las recogen son aquellos propios de las Humanidades, de la Historia, de las Ciencias Sociales, espacios académicos y disciplinas en los que Lucía dejó su impronta. Los espacios académicos fueron testigos de su compromiso intelectual, totalmente inseparable por cierto, de su compromiso político y social, y, en lo tocante a nuestras disciplinas, particularmente la Historia, se beneficiaron de sus aportes teóricos y del rigor con el que siempre desarrolló sus investigaciones.

El segundo motivo obedece simplemente a la intención de no repetir o no abundar en lo ya dicho en aquellas ocasiones.

Los homenajes, queridos amigos, tienen tanto el riesgo como la virtud, de transformarse \_ con un poco que se nos pase el tono o los adjetivos\_ en una cascada de elogios que acompañan las remembranzas, por más que en casos como éste los elogios resulten tan merecidos. Y no cuesta trabajo imaginar la “gêne”, la incomodidad que experimentaría Lucía, cuya modestia era bastante refractaria a los elogios, si mi de por sí barroca pluma se me desbordara un poquitín más allá de lo que su sobriedad y mesura desearían. Pero también sé que si ello pasara, encontraría la disculpa generosa de su corazón, porque Lucía sabía perfectamente que muchos de nosotros nos considerábamos un poco hijos suyos, muchos por el afecto, otros además por la formación académica recibida, tantos por la filiación intelectual y teórica, y todos por la gratitud.

Las intervenciones de estas jornadas de homenaje versarán sobre la obra de Lucía, sobre los aspectos que ya hemos señalado, su impronta en la academia, el legado intelectual, el ejemplo de su coherencia ético-social. Recogerán sin duda lo más significativo de sus investigaciones, de sus libros, de los temas que desarrolló. Las reflexiones de estos días dejarán abiertas, vías de análisis, vetas no agotadas de su producción académica y nos permitirán seguir ahondando en debates conceptuales fundamentales en los que participó.

Dos tipos de remembranzas se me agolpan en la mente, unas tienen que ver con mis estancias en Montevideo, otras, con algunas aristas de lo que Lucía significó para nuestra Facultad.

De aquella mi primera estancia en Montevideo a fines de los noventa me quedan entrañables y gratos recuerdos: los de aquél cursillo que impartí en aquellas tardes en la Universidad de la República. Lucía no pudo asistir a mis charlas, mi visita coincidió con una de esas bronquitis agudas que con bastante frecuencia la aquejaban y la obligaban a guardar reposo, pero ahí estuvo la presencia generosa de sus alumnos y colegas del Centro: alrededor de una gran mesa de madera, Alcides, Marisa, Susana y otros más, y hasta tres chiquilinas de la Licenciatura en Historia que se “colaron” para participar con nosotros. Me acompañan de aquellos días, cálidos recuerdos.

Estar en “reposo” para Lucía sólo significaba obedecer el mandato médico de no salir de casa, pero sólo eso. Cuántas mañanas, al despertarme y dirigirme a la ducha, escuchaba el tintineo de su vieja computadora, me asomaba a la sala y veía a Lucía arrebujada en alguna mantita de lana, frente a la ventana, dale que dale al teclado, a ese teclado que si bien no produce música, sí produce vida, por el trabajo, el pensamiento, la reflexión, la búsqueda explicativa.

Lucía tampoco tenía reposo para las conversaciones... engarzar una charla con Lucía, acompañada de un mate o un “tecito”, una charla de lo que fuera, lo mismo sobre la vida que sobre la historia\_ habría que poner Vida e Historia con mayúsculas\_ significaba largas, larguísimas horas de discusión, de aprendizaje, de comunión intelectual y anímica. Lucía era casi infatigable, con veinte años menos, primero me rendía yo a la fatiga, que ella continuaba tan campante, tan lúcida, tan comprensiva. Las horas se nos iban como el agua en un cedazo, discurrían como sus palabras, lo mismo serenas que apasionadas, mas lo segundo que lo primero, si de política se trataba, más lo

primero que lo segundo, si el caso ameritaba enjugar lágrimas o calmar angustias. Siempre receptiva y siempre elocuente en su discreta solidez.

Mi segunda estancia, corta pero igualmente fructífera, en los primeros años de este siglo que ya no es el nuestro, pero que igual tenemos que "bancárnoslo", fue para firmar un convenio entre la UNAM y la Universidad de la República, convenio concreto, entre nuestro Posgrado en Estudios Latinoamericanos y el Centro de ustedes que es también un poco nuestro, ese CEIL en el que Lucía puso tanto de su alma.

Yo venía de Buenos Aires, en el buquebus atravesando el río, aterida de frío, en un día gélido absolutamente impropio en un verano conosureño sin palabra de honor. Lucía me esperaba con el abrazo afectuoso y un abrigo calentito de lana color cereza. No sé si me bajé de un "remise" en Magariños Cervantes, su callecita arbolada del Buceo, y me subí a otro pasadas las efusiones, para dirigirnos al Rectorado; no recuerdo si la cita con el Dr. Guarga, fue el día de mi llegada o al día siguiente, la memoria comienza a ser una señora medio despistada que se niega a entregarnos como antaño los recuerdos prístinos y precisos, gajes del tiempo, que no del oficio, hoy ya nos toca lidiar con ella.

Lo que sí recuerdo es un edificio vetusto y señorial, un despacho sobrio y elegante y la gentileza, la cordialidad de Rafael Guarga, y la deferencia y el afecto con que trató a Lucía. Cuánto lamento Sr ex Rector de la Universidad de la República no poder compartir de viva voz esta mesa con Usted.

También recuerdo que la cita nos fue dada de inmediato, sin dificultad alguna, sin antesala de ninguna especie. Lucía poseía privilegios, ganados a pulso por cierto, por su entrega, su calidad académica y humana, por el reconocimiento del mundo intelectual de su país, del mío, y de tantos otros de nuestra América Latina; Lucía podía hablarse de tú con los rectores, Lucía tenía derecho de picaporte y el respeto irrestricto de autoridades, colegas, amigos.

La firma del convenio, la relativa homologación de nuestros posgrados tenían para Lucía un gran significado, eran una forma más de mantener el vínculo entrañable entre sus dos patrias, la patria de cuna, la patria de exilio, pero era sobretodo la posibilidad abierta de seguir apoyando, ayudando a crecer a alumnos y colegas. Ella quería que sus alumnos y colegas uruguayos pudieran ir en alguna ocasión a dictar cursos en la UNAM y recoger esas experiencias académicas y humanas que tanto nos enriquecen; Álvaro, Susana, Carlos, Yamandú, vinieron a México, esperamos que Alcides por fin pueda combinar sus responsabilidades y su trabajo en el CEIL y acepte nuestras reiteradas invitaciones. En memoria de Lucía, todos, ustedes y nosotros, tendríamos que velar por que esos convenios suscritos, no sean, como decimos en México, una mera "llamarada de petate", es decir, un "feu de paille" que se extingue con rapidez y no vuelve a encenderse, sino por el contrario una luz que no se apaga y que se renueva por el afecto compartido y por los lazos que se van estrechando entre nuestras comunidades e instituciones académicas.

Los otros recuerdos atesorados que quiero compartir con ustedes son los referentes a lo que la figura de Lucía representó para nuestra institución. Su legado es invaluable y sin duda uno de los que marcaron de manera significativa la vida intelectual y académica de nuestra Universidad. Los pasillos de nuestra Facultad, las salas de reuniones, los salones de clase, supieron de su paso, de su presencia, de sus desvelos; los muros y las ventanas recogieron los ecos de sus lecciones, de sus enseñanzas, de su sabiduría; muchos,

muchísimos alumnos y colegas nos beneficiamos de sus conocimientos, de su gran capacidad didáctica, del despliegue de su pensamiento crítico, y por cierto\_ y no es poca cosa\_ de su calidez y apoyo generoso. Para aquellos que tuvimos privilegio y suerte de estar más cerca de ella, su legado es al mismo tiempo riqueza y compromiso.

Si bien podríamos decir que toda la comunidad académica de nuestra Facultad de Filosofía y Letras y de otros espacios de la UNAM se benefició de sus enseñanzas y su presencia, y le otorgó sin duda alguna el reconocimiento y respeto por ella merecidos\_ porque hay que decir que a Lucía la respetaron tirios y troyanos\_ alrededor de Lucía nos congregamos un grupo más cercano de alumnos y colegas para los que ella fue no sólo ejemplo y apoyo, sino algo así como cabeza de playa. Para mí en lo personal, cuando estuve al frente de coordinaciones o consejos académicos, comisiones dictaminadoras o evaluadoras, tener a Lucía cerca o poder consultarla, tenerla de aliada, de consejera, de amiga siempre leal, pero siempre lúcida y afectuosamente crítica, ha sido no sólo el privilegio extraordinario compartido con otros, sino un baluarte o un soporte intelectual difícil de volver a encontrar. Era como una roca, como un pilar en los que uno puede apoyarse por su solidez y su entereza, pero no cobraba el cobijo como suelen hacerlo ciertas “cliques” académicas, por el contrario, lo otorgaba con pródiga generosidad.

Dije anteriormente que el legado de Lucía era al mismo tiempo riqueza y compromiso. En efecto, cuando alguno de nuestros seres queridos, padres, maestros, amigos, de quienes tanto recibimos, se nos va, deberíamos de alguna manera ser portadores de su legado. Por ello, estos foros académicos son un espacio idóneo para refrendar y mantener el diálogo que quedó interrumpido por la desaparición física de la maestra y amiga. Mantener el diálogo, portar el legado, significa muchas cosas, entre ellas, significa llevar a buen término los trabajos, las discusiones, los libros, los proyectos que se emprendieron con ella, y que de alguna manera requieren la colaboración de algunos de nosotros para su feliz conclusión. Significa seguir impulsando como latinoamericanistas desde nuestras disciplinas de origen y /o en el esfuerzo del trabajo interdisciplinar, el conocimiento profundo, ponderado de nuestras realidades y de alguna manera seguir apostando por nuevas formas de utopía, o al menos de esperanza y anhelo de nuevas formas de justicia social y de democracia, no de la procedimental tan escuálida, sino de la otra, esa cuyas versiones exploraba Lucía recuperando, reconstruyendo el tejido teórico de sus expresiones conceptuales y examinando con la acuciosidad que la caracterizaba las distintas experiencias históricas latinoamericanas. Esa democracia en que todavía creemos y esperamos contribuir a consolidar, al menos con nuestra reflexión teórica, con los frutos de nuestras investigaciones, con la labor formativa y crítica de la docencia. Significa por ello ser congruentes con el legado al que nos hemos referido, el de la entrega y compromiso universitario de los que Lucía dio tantas muestras, y particularmente el de la dignidad y eticidad de su conducta mantenida a lo largo de su vida y hasta su último aliento.

No sé si por ahí escuché o recordé que uno de nuestros escritores y poeta celebrado, dijo alguna vez que a los amigos sólo habría que escribirles en “estado de gracia”: Como no tengo la referencia exacta a la mano, no podría aventurar lo que para Paz significaba ese “estado de gracia”, y como nuestra cultura católica subyacente está a veces más presente de los que imaginamos o creemos en nuestra atea racionalidad, asocio el estado de gracia a una suerte de actitud bienaventurada, en la que los sentimientos de gratitud, del reconocimiento y del afecto se vuelcan en unas líneas que, de alguna manera, son como una carta póstuma a la amiga entrañable.

